

Homilías Domingo 19 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del santo evangelio según san Lucas

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas. Vosotros estad como los que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame. Dichosos los criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela: os aseguro que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y los irá sirviendo.

Y, si llega entrada la noche o de madrugada y los encuentra así, dichosos ellos.

Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora viene el ladrón, no le dejaría abrir un boquete.

Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre.

Pedro le preguntó: Señor, ¿has dicho esa parábola por nosotros o por todos?

El Señor le respondió:

¿Quién es el administrador fiel y solícito a quien el amo ha puesto al frente de su servidumbre para que les reparta la ración a sus horas?

Dichoso el criado a quien su amo, al llegar, lo encuentre portándose así. Os aseguro que lo pondrá al frente de todos sus bienes.

Pero si el empleado piensa: «Mi amo tarda en llegar», y empieza a pegarles a los mozos y a las muchachas, a comer y beber y emborracharse, llegará el amo de ese criado el día y a la hora que menos lo espera y lo despedirá, condenándolo a la pena de los que no son fieles.

El criado que sabe lo que su amo quiere y no está dispuesto a ponerlo por obra recibirá muchos azotes; el que no lo sabe, pero hace algo digno de castigo, recibirá pocos.

Al que mucho se le dio, mucho se le exigirá; al que mucho se le confió más se le exigirá.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Hay en el evangelio de hoy una llamada a la vigilancia que hemos de escuchar todos: “Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas...” “Dichosos los criados a quienes el Señor, al llegar, los encuentre en vela...”. “Estad preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del Hombre...”

Estas frases del Evangelio no pretenden intimidarnos, de modo que vivamos obsesionados por la llegada imprevista de la muerte.

Hubo un tiempo en el que la predicación de la Iglesia abusó de este tema... Hoy por esa vieja ley de péndulo, hemos casi eliminado este tema de nuestras reflexiones y predicaciones...

Y hoy, el hombre moderno vive absolutamente despreocupado de esta realidad. Es más, muchas veces montamos la vida de espaldas a esta realidad. Sólo cuando la muerte nos toca en la persona de un familiar o de un ser cercano, se produce en nosotros un choque que desmonta nuestros esquemas y nos hace sentir la fragilidad y debilidad del ser humano...

O simplemente cuando la enfermedad nos visita, nos hace sentir la fragilidad de esta vida y de todo lo que la envuelve...

Entre la obsesión constante por la muerte y la despreocupación más completa está el camino intermedio que es al que pretende conducirnos el evangelio...

Un día me moriré. Y pensar eso es bueno. Eso me ha de llevar a plantearme cómo estoy viviendo. ¿Cómo haría yo el proyecto de mi vida en el momento de la muerte? ¿Cómo me gustaría haber vivido el día de mi muerte?

¿Igual que estoy viviendo?...

¿Cuántas de las luchas, de nuestras aspiraciones, de nuestros deseos... parecen vanos en ese momento? ¿Cuántas de nuestras

divisiones, de nuestros odios, rencores y razones... parecen absurdos e infantiles en este momento?

Se trata pues de cambiar de valores o de dar la vuelta a los prismáticos...

Porque en toda vida humana hay un momento en el que damos la vuelta a los prismáticos... Esa vuelta a los gemelos se produce cuando nos llega un gran dolor o cuando se descubre un gran amor... Los valores se invierten...

Una muchacha, contaba en una revista, cómo había dado ella la vuelta a los prismáticos: su padre estaba seriamente enfermo y todo cambió de color: “¡Cuántas cosas –decía- por las que antes luchaba y me angustiaba se me han vuelto fútiles e innecesarias! ¡Qué tontas me parecen algunas ilusiones sin las que me parecía que vivir sería imposible! ¡Cómo se vuelve todo de repente secundario y ya sólo cuenta la lucha por la vida y la felicidad de los seres que amas!”.

Es cierto: la gran enfermedad de los hombres es esa miopía cotidiana que nos empuja a equivocarnos de valores.

Yo me he preguntado muchas veces qué pediría a Dios si él me concediera un día un milagro. Y creo que suplicaría el ver, el ver las cosas como él las ve, desde la distancia de quien entiende todo, de quien conoce el porvenir y la auténtica dimensión de las cosas.

Si tuviera ese don, ¡qué distinta sería mi vida! ¡Cuánto más amaría y cuánto menos lugar habría dado a las apariencias! ¡Qué poco me habrían importado los éxitos y cuánto más las amistades!

Decía esta chica: “Ahora “gano” mis tardes haciendo crucigramas con mi padre. Soy feliz viéndole sonreír. A su lado no tengo prisas. Cada minuto de compañía se me vuelve sagrado. Y cuando a la noche regreso a mi casa “sin haber hecho nada” (sin haber hecho nada más que amar) me siento llena y feliz, mucho más que si hubiera ganado un pleito, construido una casa o acumulado un montón de dinero. Charlo con él. Charlamos de nada. Vivimos. Estamos juntos. Le quiero. Le veo feliz de

tenerme a su lado. No hay premio mayor en este mundo. Sé que un día me arrepentiré de millones de cosas de mi vida. Pero que nunca me arrepentiré de estas horas “perdidas haciendo crucigramas a su lado”.

Esta chica tiene razón. Ha vuelto sus prismáticos. Ha vuelto sus prismáticos y de repente el cristal de aumento de su corazón le ha hecho descubrir lo que la mayoría de los seres humanos no llegan ni siquiera a vislumbrar. Y todo lo demás se ha vuelto pequeño y lejano: secundario.

La vida de los hombres, la sonrisa de las personas, la alegría de un niño o un anciano, son mucho más importantes a los ojos de Dios... que todas las acciones del mundo.... Se trata por tanto de que a la luz del Evangelio trastoguemos nuestra escala de valores y vayamos conformándola un poco más de acuerdo con él...

(B)

Unos lo llaman "*euforia veraniega*". Otros "*desmadre*". Lo cierto es que, durante el verano, es más fácil advertir ese estilo de vida cada vez más frecuente en la sociedad occidental y que ha sido calificado por algunos analistas como "*experiencia de vértigo*". Todos sabemos lo que sucede cuando subimos a una torre alta y miramos hacia el suelo. El vacío nos arrastra, y si no nos cogemos fuertemente a algo, corremos el riesgo de precipitarnos hacia el abismo. Algo de esto puede ocurrir en la vida de muchas personas. El vacío interior puede provocar una especie de vértigo capaz de arrastrar a la persona hacia su ruina.

Cuando se vive sin convicciones profundas, o cuando se carece de verdaderos ideales, se crea un vacío interior que deja a la persona a merced de toda clase de impresiones pasajeras.

Entonces, todo lo que produce euforia o placer inmediato seduce y arrastra. El individuo se deja llevar por cualquier experiencia que pueda llenar su sensación de vacío. Necesita poseerlo todo y disfrutarlo todo. Y, además, ahora mismo y al máximo.

Otro rasgo muy significativo de este "vértigo existencial" de nuestros días es la búsqueda de ruido. La persona no soporta el silencio. Aborrece el recogimiento. Lo que necesita es perderse en el bullicio y el griterío. De esta forma es más fácil vivir sin escuchar ninguna voz interior.

Este vértigo conduce, por lo general, a un estilo de vida donde todo puede quedar desfigurado. Fácilmente se confunde la alegría con la euforia, la fiesta con la orgía, el amor con el sexo, el descanso con la dejadez. La persona quiere vivir intensamente cada momento, pero, con frecuencia, no puede evitar la sensación de que se le puede estar escapando algo importante de la vida.

Y, ciertamente, es así. En esta "experiencia de vértigo" se encierra un gran engaño: "Las experiencias fascinantes de vértigo lo prometen todo, no exigen nada y acaban quitándolo todo".

Para vivir una vida de vértigo, no hace falta esfuerzo alguno. Sólo dejarse llevar por los instintos y ceder a la satisfacción inmediata. Lo que pasa es que una "vida desmadrada" lleva fácilmente a la dispersión, el embotamiento y la tristeza interior.

Hemos de escuchar la invitación de Jesús a vivir vigilantes, "*Ceñida la cintura y encendidas las lámparas*". Para vivir de forma más humana y más cristiana es necesario cuidar más "lo de dentro" y alimentar mejor la vida interior. No es extraño que un maestro espiritual de nuestros días afirme que el hombre contemporáneo necesita escuchar la célebre consigna de S. Agustín: "*Redeamos ad cor*", "*volvamos al corazón*".

"Donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón"

Hoy podríamos hacer una experiencia interesante. En lugar de marcharnos a casa, después de haber leído esta página del evangelio, atrevémos a preguntar sinceramente como Pedro: *Señor ¿ esta parábola la has dicho por otros o también por nosotros?* La pregunta tiene sus riesgos. Quizá en el fondo de nuestro ser una voz pudiera alzarse de modo claro y contundente para contestar: *Esto lo he dicho por ti.*

(C)

Cuentan que un hombre joven se preguntaba si en el mundo existía la justicia. Y salió en su busca. Por más que anduvo no encontró en parte alguna la verdadera justicia.

Al volverse a casa se encontró en un bosque muy oscuro. Se perdió en medio de él, sin saber qué dirección tomar. Entonces llegó a un claro en el que había una casa en ruinas y destartalada. Vio la puerta entreabierta; entró y se encontró en una habitación llena de luz. Después vio otra, otra y otra, de tal manera que parecían no acabarse.

Y en todas ellas, muchísimos estantes con muchísimas lámparas de aceite. Estas lámparas, muy pequeñas, unas brillaban intensamente; otras se estaban apagando. En algunas lámparas había mucho aceite y en otras sólo unas pocas gotas.

Este hombre se dio cuenta de que no estaba solo. A su lado había una figura pálida y blanca, vestida toda de blanco. El hombre tuvo miedo y pregunta: «¿Dónde estoy?».

La figura lo miró y dijo: «Esta es la casa de las lámparas de aceite. Cada lámpara que ves aquí es el alma de un ser humano. Todos los seres humanos vivos ahora en todo el mundo están aquí. Viven y mueren. Como puedes ver, a algunos les quedan muchos años por delante; a otros les queda muy poco tiempo; y algunos mueren mientras hablamos». Y en aquel mismo momento la mecha de una lámpara que había en un estante, que estaba frente a ellos, chisporroteó y se acabó.

La figura lo llevó por medio de las habitaciones; le señala otra lámpara y le dice: «Esta es la tuya». A aquella lámpara sólo le quedaba un par de gotas de aceite; su mecha estaba inclinada y ya tenía dificultades para mantenerse en pie.

El hombre dio un grito. Se preguntaba: «¿Iba su vida a terminarse tan pronto? ¿Qué había hecho con su vida? ¿La había malgastado buscando algo que no existía?». Estaba horrorizado y asustado. ¿Cuánto le quedaba? ¡Ah, si tuviese un poco más de

tiempo para vivir, para hacer las cosas buenas que no había hecho!

Se dio cuenta de que estaba solo. Se fijó en otra lámpara. Esta tenía mucho aceite. La mecha era alta y ardía muy despacio en comparación con la suya. Sólo necesitaba una gota o dos, lo suficiente para tener un poco de tiempo, para solucionar algunas cosas, para ponerlas en orden. Pensaba que al otro, que tenía tanto aceite, no le importaría; agarró la lámpara y la inclinó sobre la suya. Y en este instante alguien lo agarró con fuerza. La figura era negra y sujetaba su brazo como si fuera una tenaza de acero. Al mismo tiempo le pregunta: «¿Es esta la clase de justicia que estabas buscando?».

La figura desapareció. La casa de las lámparas desapareció. Todas las luces desaparecieron. Estaba solo en el bosque oscuro. Y pensaba en lo que había intentado hacer y en cuánto tiempo le quedaba de vida.

De este cuento podemos sacar dos lecciones: la primera es que, antes de buscar la justicia en los demás, la busquemos en nuestra manera de obrar. La segunda es que, en la lámpara de la vida, nadie sabe la cantidad de aceite que tiene. Como dice el Evangelio, la muerte viene como un ladrón.

Y cuando llegue, la verdadera desgracia no será el haber sufrido injusticias, sino el haberlas cometido.

(D)

Hoy Jesús tendrás que perdonarme porque quiero leer tu evangelio al revés. Bueno, yo creo que saldrá al derecho de todos modos. Tú nos mandas “estar en vela”. “Que tengamos nuestras lámparas encendidas”.

Perdona, pero yo te voy a pasar la pelota y te voy a pedir que el que esté en vela seas tú. Porque soy yo quien necesito que tú veles constantemente sobre mi. Yo sé que tengo que estar atento a tus llegadas. Pero yo necesito que tú llegues siempre a

tiempo a mi vida y la cambies antes de que yo mismo haga una tontería. Y no es que dude de ti, pero es que te necesito tanto....
Como madre que acuesta a su hijo pequeño y le duerme cantando su na-na-ná.
Como madre que lo deja sumido en sus propios sueños.
Vela también así, Señor, mi sueño. Cierra con tu mano mis ojos.
Pon tus dedos en mis labios. Acaricia con tus manos mi frente.
Cansado de mis caminos durante todo el día.
Cansado de mis fatigas. Guardando mis penas y alegrías en el silencio de mi corazón. Quiero que mi noche sea el descanso y el reposo de tantos andares.
Y antes de entregarme a mi sueño, quiero entregarme entero a ti.
Antes de dormirme en los brazos de mis sueños, quiero dormirme en los tuyos.

Toma mi mente, Señor.
Ha pasado el día ocupada en tantas cosas....
Es posible que de tanto pensar en mí, pensar en mis cosas, no haya pensado lo suficiente en ti.
Es posible que a lo largo del día tú hayas sido el gran olvidado.
Es posible que durante el día que termina, no hayas sido tú el centro de mi pensar.
Es posible que en este día que se acaba, tú hayas estado callado en el fondo de mis silencios.

Toma mi mente:

Con todos sus pensamientos. Con todos sus miedos.
Con todas sus inquietudes. Con mis ilusiones. Con mis esperanzas. Que mañana, cuando me despierte, te encuentre a ti el primero. Que mañana, cuando me despierte, seas Tú el primero a quien salude. Que mañana, cuando me despierte, mis primeros Buenos Días sean para Ti.

Toma, Señor, mis ojos: Que durante el día han estado tan abiertos.

Que ahora se entregan al sueño. Durante el día han visto demasiadas cosas.

Han visto a tantos que sufren. Han visto a tantos que tienen hambre.

Han visto a tantos que estaban solos. Han visto a tantos que estaban tristes.

Han visto a tantos que estaban felices. Han visto a tantos que caminaban en silencio.

Han visto a tantos niños que lloraban. Han visto a tantos niños que jugaban y sonreían.

Han visto a tantas madres buscando un pedazo de pan para sus hijos.

Han visto a tantos hombres cansados.

Toma Señor, mis ojos: Y pregúntales si te han visto a ti.

Pregúntales si se han encontrado contigo. Pregúntales si se han detenido mirándote a ti.

Pregúntales si han mirado con cariño a los demás.

Pregúntales si han mirado con rabia o enfado.

Pregúntales si han llorado con los que lloran.

Pregúntales si han reído con los que ríen.

Que mañana cuando me despierte:

Mis ojos tengan un mirar nuevo.

Mis ojos miren a los hombres como hermanos. Mis ojos miren a los hombres y los amen.

Mis ojos miren a las cosas y las amen pero sin apegarse a ellas. Mis ojos puedan verte a ti:

En cada hombre que encuentro. En cada mujer que se me cruce en el camino.

En cada acontecimiento que me sorprenda.

Toma, Señor, mis oídos:

Gracias a ellos puedo escuchar el gemido del niño que llora.

Gracias a ellos puedo escuchar el saludo de los que me aman.

Gracias a ellos puedo escuchar las palabras de los que dicen amarme.

Gracias a ellos puedo escuchar los sentimientos de aquellos a quien amo.

Gracias a ellos puedo escuchar la música que me recrea.

Gracias a ellos puedo escuchar el timbre del que llama a mi puerta.

Gracias a ellos puedo escuchar el dolor y el sufrimientos de mis hermanos.

Porque, gracias a ellos puedo escuchar tu voz. Puedo escuchar tu Palabra. Puedo escuchar que me dices que “me amas”. Puedo escuchar el perdón que me regalas. “Escucha, Israel, al Señor tu Dios”.

“Escucha.....a tu Dios, me dices cada día a mí.

Toma, Señor, mis manos:

Te agradezco el que me las hayas dado.

Con ellas puedo estrechar las manos de mis hijos. Puedo estrechar las manos de todos los hombres.

Con ellas puedo acariciar. Puedo bendecir. Puedo levantar.

Puedo dar y compartir mi pan.

Al terminar este día, Señor, déjame, antes de dormirme, que las mire:

Quisiera tenerlas más llenas para repartir. Quisiera tenerlas siempre abiertas.

Quisiera haberlas extendido a más hermanos. Quisiera haberlas extendido a más manos.

Quisiera haber bendecido a más hombres. Quisiera haber repartido más panes.

Quisiera haber ofrecido más vasos de agua. Quisiera haber levantado a más caídos.

Muéstrame las tuyas, Señor:

Déjame de ver los agujeros de los clavos.

Déjame ver esas manos que tocaron a los leprosos y están limpias.

Que mis manos, sean, Señor, mañana tus manos.

Toma, Señor, mis pies:

Cuántos pasos han dado en este día que termina.

Cuánto han andado dentro de casa. Cuando han andado en la cocina.

Cuánto han andado en la calle. Cuánto han andado en la oficina.

Cuánto han andado buscando a los demás. Cuánto han andado buscando hacer el bien.

Cuánto han andado buscando cómo hacer el mal.

Tengo los pies cansados. Cansados como los tuyos.

Los tengo hinchados de tanto andar. También ellos piden un descanso.

Pero, Señor, quisiera que, mañana cuando vuelva a amanecer:

Me regales unos pies:

que se cansen de tanto andar hacia los demás,

que se fatiguen de tanto acercarse a los que me necesitan,

Que se cansen de tanto servir a los demás.

Ya ves, tú nos mandas estar en vela y nosotros te pedimos seas

Tú quien vele sobre nosotros, para que nuestras vidas estén siempre atentas a ti y a los demás.

(E)

Siempre es más fácil escuchar las campanas que suenan por otros que las que suenan por nosotros. A veces, en la vida ordinaria, se dan detalles en los que no nos detenemos pero que soy bien curiosos. ¿Nunca te ha sucedido? Alguien te está llamando y tú no oyes nada, hasta que alguien te dice: “¡oye, te están llamando!” Reacción: “¿A mí?” Como si cuando llamamos a alguien siempre llamamos a los otros. Nos resulta difícil darnos por aludidos.

La actitud de Pedro, en este texto de Lucas pudiera pasar desapercibida, y sin embargo me resulta sumamente curiosa y hasta cuestionadora: “Señor, ¿todo esto lo has dicho por nosotros o por todos?” ¿Lo has dicho por nosotros o por los demás? Siempre es más fácil escuchar las cosas que afectan a los demás que aquellas que nos afectan a nosotros personalmente.

Es más fácil escuchar la Palabra de Dios para los demás que no escucharla como dicha para nosotros mismos:

¡Qué bien le viene esto a mi marido!

¡Qué bien le viene esto a mi esposa!

¡Qué bien le viene esto a fulanito!

Diera la impresión de que la Palabra de Dios siempre le viene a medida al resto, menos a nosotros mismos.

Recuerdo haberlo escuchado siendo estudiante. Había en Bilbao un sacerdote muy célebre, porque era de los que no tenía pelos en la lengua. Y decía las verdades a pedradas. Un día parece que habla sobre los ricos y debió de ponerlos bien en su sitio.

Y había una Señora ya mayor, que según decían ni sabía lo que tenía de lo rica que era. Y se encontró con un sacerdote de nuestra comunidad y muy suelta de lengua le dice: “Padre.... ¿ya escuchó el otro día a Don Claudio? ¡Qué cosas dijo contra los ricos, Padre, y qué bien dichas! Los ricos para ella eran los otros, no para ella que se pudría en dinero.

Es posible que no en la misma medida pero que a muchos de

nosotros nos suceda lo mismo. Escuchamos por otros y para otros. Y a nosotros ni nos salpica.

¿Que hay violencia en el mundo? Ah, pero de eso tienen la culpa los otros.

¿Qué hay hambre en el mundo y muchos se mueren porque no tienen qué comer? Ah, pero de eso tienen la culpa los otros. A mí que me registren.

¿Qué hay muchos ancianos abandonados? ¡Vaya hijos los de hoy!

¿Qué hay enfermos a quien nadie visita? ¡Es que la gente hoy solo piensa en ella misma! Claro, yo no soy gente.

¿Qué la gente hoy no colabora? Es que hay demasiado egoísmo. Pero yo no muevo en dedo.

¿Que la Iglesia anda mal? La culpa la tienen los curas.

¿Que muchos abandonan la Iglesia? Eso es culpa de los de arriba.

Todos los demás son los culpables. Nosotros los inocentes.

Lo difícil es escuchar la Palabra de Dios como dicha para mí.

Lo difícil es sentir el dolor de los demás como compromiso para mí.

Lo difícil es ver esas fotos de niños con hambre como enviadas para mí.

Señor, cuándo proclamamos tu Palabra ¿es para mí o es para los demás?

Señor, cuándo vemos los pecados de tu Iglesia, ¿soy yo culpable o los demás?

Dios habla a todos. Pero me está hablando a mí.

Dios habla a todos. Pero se dirige personalmente a mí.

¡Qué fácil me resulta como sacerdote interpretar la Palabra de Dios para los fieles que me escuchan!

¿Pero la interpreto primero como dicha para mí?

Jesús dijo un día que si no creían a sus palabras, creyesen al menos a sus obras.

La mejor predicación de la palabra será cuando los demás la puedan leer en mi vida.

El mejor anuncio de la solidaridad será cuando me vean solidario a mí.

El mejor anuncio de la comprensión será cuando me vean a mí comprensivo con todos.

Mi mejor homilía será aquella que los fieles puedan reconocer en mi vida.

P. Juan Jáuregui Castelo